

LA AVISPA EN LA MANO

SEBASTIÁN CUEVAS NAVARRO



DE LA OBRA: CUENTOS Y DESCUENTOS ANDALUCES.

LA AVISPA EN LA MANO

Sebastián Cuevas Navarro

EJEMPLAR GRATUITO

Editado el 18 de agosto de 2026 con motivo del 50 aniversario de su publicación
y el 35 aniversario del fallecimiento del autor.

Asociación Cultural Sebastián Cuevas

C/ Escritor Sebastián Cuevas, 6 — 14010 Córdoba

Se corresponde con el Capítulo 4 del libro *Cuentos y Descuentos Andaluces*, disponible con
ISBN: 84-500-1569-3 y Depósito Legal: CO 368-1976. Imprenta San Pablo en Córdoba,
para el Área de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Córdoba.

LA AVISPA EN LA MANO

Sebastián Cuevas Navarro

Igual estaba la historia del yegüero. Con el sobrecogimiento que impone la tragedia. Eternamente hablando de su potro, de su potro, de su potro, de su potro...

El doctor aún buscaba los remotos resortes de su desvarío y le dejaba pacer por sus cortijos imaginarios, mientras él releía el caso clínico, una vez más.

Se habían muerto por aquellas tierras todos los maestros de escuela que acudían a los cortijos a enseñar «El Catón», los que hablaban a los campesinos de las leyes de Mendizábal, de Carlos III y de Olavide, de las ventas de Madoz de los propios y baldíos y de las enfiteusis del antiguo régimen. No quedaba memoria de los bandoleros de las sociedades secretas y la Villanueva de Córdoba de los Pérez del Álamo se repartía en latifundios para el berréo de las monterías, mientras andaban las miserias por los absentismos y las mostrenquerías de las manos muertas.

Apenas si había puesto el amo el pie en el estribo del Land Rover, cuando el yegüero, se abalanzó sobre él con la noticia, como quien ofrece un racimo hermosísimo de uvas.

—Señorito, señorito, ya ha pario la Lusera.

—¿Macho o jembra?

—Un potriyo.

—Güeno, pos a cuidarlo.

Y el yegüero no quiso o no supo ver desdén para el potrillo, ni para su partería. Estaba acostumbrado. Y por sus sangres, y las que le chorreaban de todos sus ancestros, corrían las masedumbres. El «güeno» era buen pago; y el «pos a cuidarlo» continuidad en el empleo. ¿Qué más pedir? ¿Qué importaba que el dueño

se fuera con los mayores y manijeros para hablar de las cosas importantes de los tractores y los vagones del trigo y el sulfato amónico? ¿Qué importaba que una nueva grada de discos fuera para él más importante que el milagro hecho temblores de aquella vida nueva y palpitante, que él ayudó a alumbrar en la vigilia de los retortijones, cuando por las cuadras y caballerizas se multiplican los animales y las sombras por la llama silvante del carburo? ¿Qué importaba su menosprecio el de los sudores suyos y los de la yegua, si al final se le asignaba la tutela y esa suerte de patrimonio que cabe a los criados sobre la vida del ganado?

Y el yegüero lo llevó por las dehesas de abril, cuando el campo se enluna de amapolas, lo condujo por las rastrojeras de agosto en busca del pequeño oro derramado, inventó para él alfalfares de otoño y cálidos pesebres de invierno.

De pequeño lo instruyó por las migas y escuelas de las yerbas que endulzan la boca y calman las calenturas de las encías, cuando van saliendo, uno tras otro, los cuarenta dientes.

Desde que tuvo unos meses, y a su madre se le pasó el instinto de la rastra y se le fueron secando los caños tibios de la leche, sólo el yegüero lo pastoreó por los potriles.

Y cuando llegó la negra hora de castrarlo, sólo el yegüero conlloró y le consoló por su «virilidad» perdida. Y nadie, nadie, supo nunca, sino ellos, cómo dejó constancia de su estirpe por los corrales de las yeguas de vientre, antes del sacrificio que lo hizo eunuco, en las noches en que se oía, por la sierra, la ronca de los gamos y el balido de los venados berreando y encornando las jaras y adelfas, mientras los pájaros se morían en trinos interminables, desde la pinchuda azotea de las cardenchas en flor.

—¿Cómo va el potro, yegüero?

(Por Andalucía se pierden los nombres propios. Los hombres, si son ricos, llaman a los demás por lo que son: nombres comunes, yegüeros, manijeros, cabreros, mayores, aguaores, jaleaores...)

—Pos ya v'usté, señorito, P'arriba.

(Por Andalucía se pierden los nombres propios. Los hombres, si son pobres, llaman a los ricos por su condición: amos, señoritos..., desde niños, a la edad en que ellos pierden el apellido, que es el oficio de su padre quien inaugura su pronombría, su vida y su familia; el hijo del carpintero, la hija del sastre, hasta que ejercen el suyo...)

Y el yegüero ejerció el suyo. El albeitarato de todas las calenturas del potro. Y fue su picador por las redondas eras de la doma. Le fue creciendo, entre sus pechos, en mansedumbre y majeza, en garbo y en donaire. Y se sintió orgulloso. Y no por su maestría, sino por la del animal. Y lo mostraba como un hijo reluciente, y al amo, como quien ofrenda un racimo hermosísimo de uvas:

—¿Qué le paese el potro, señorito?

—¡Va güeno, va güeno! ¡Cúidalo, no se desgrasie!

Y en el «va güeno, va güeno», encontró el desbravador buen pago a su tutela, y en el «cúidalo, no se desgrasie», continuidad en el empleo.

Y aunque hubo después otros partos y otros potros, nunca asomó animal alguno las patas y la cabeza chorreantes de los adentros del vientre de su madre, que se le aquerenciara tanto, como a achuchones por el alma.

—¡El yegüero le tiene ley al potriyo...!

Y él seguía dándole, en el pesebre encallecido de sus manos, los mejores rebrotes, y le acariciaba el cuello y el lucero corrido de la frente.

Y cuando se hubieron cumplido los signos de la costumbre y de la vida, de la enseñanza y el aprendizaje, y el potro andaba perito en bailes y conocía todos los pasos de los andares de mérito, mientras que por los Jerez y las Vianas, los Epsón y las Reales Maestranzas, enjaezaban potros al alba de las marismas, corrían caballos por los corrouseles, saltaban setos por los derbys y rejoneaban toros ágiles por los redondeles color yema de huevo del albero, le dijo el amo a aquel que era el yegüero, desbravador, picador y peón de la gleba de los corrales de su cortijo:

—Mañana lleva el potro a Córdoba, que es la feria.

Y puñaladas de incertidumbre se le clavaron por entre todas las costillas, como cuando le llega a un padre, como una peste repentina, el presentimiento de que le están matando a un hijo, por las guerras inútiles.

Y en la vigilia de las cuadras, con el temblor de los carburos, el criado peinó las crines y la cola, le lavó por los remos finos y por los negros bragados, acariciándolo.

Y, al día siguiente, cuando por la vorágine del real, entre carreras de animales, chalaneo de tratantes, relinchos angustiados, estrépito de claxons, humo de jeringos, olor de boñigas, rezumo de alfalfa y paja, tintineo de copas de montilla, palomas de Rute y agua, ejercicio de carteristas y relumbre de mujeres, cuando en la feria de mayo cordobesa, el día veinticinco, a las diez de la mañana, el amo vendió el potro a aquellos albaceteños de negras blusas y le desguarnecieron, le pusieron jáquima y ronzal de burro, y le uncieron a una estacada, y lo dejaron sólo, sólo, el yegüero se sintió también, como en una bocanada, sólo, sólo, sólo y se le escurrieron dos lágrimas como puños, y oscuramente, pero con brillo de llamarada, se le vino a la mano la antigua faca inevitable, que aprendió el camino y emprendió el viaje de las tripas del amo.

Y él no miraba la sangre a borbotones por los mondongos al aire de su amo, que se le derrengaba, sino los ojos húmedos de su potro, que lo buscaban, que lo miraban, que le hablaban...

Cuando los guardias civiles instruían el atestado y las recias muñecas se le dolían en el puente de las esposas, grilladas hasta el último diente de sus curvas cremalleras, él sólo supo darles una respuesta que le llegaba de todos sus panales, de todas sus colmenas destruidas:

—¡A ver, señor guardia me picó una avispa en la mano!

Avispas, avispas andaluzas que soliviantan las sangres de José, por sus paces espigando, de Ultimino, alga de luz por el mar y de Emerenciana y el yegüero por las eminencias cordobesas de Alcolea, palenque de tantas humillaciones y lujurias desde los viejos tiempos que nos trae a la memoria la mandíbula neandertalense del

canal del Guadalmellato que el arqueólogo extrajera como signo del viejo poblamiento.

Lógico sería que el doctor buceara en prospecciones sociológicas, pero efímero como se siente, instrumenta su ortopedia y su farmacopea al sólo objeto de adormecer al que sufre, tratando de ensimismarlo y desenajenarlo.

Envío: Para Marysia y Narciso Yepes, como coautores, ya que juntos imaginamos alguna de estas aberrantes historias, cuando hablábamos de Dios, de los hombres y del progreso, camino de la humilde iglesia de José Antonio, donde brilló la guitarra y los niños cantaron los salmos.